

## **La criatura**

Gabriela Riveros

A las cinco de la mañana Jennifer acosada por la premura y el terrible dolor de las contracciones deduce que la regadera del cuarto de servicio es el mejor sitio para dar a luz. La ambulancia ya no alcanza a llegar. Es el tercer parto y la criatura viene más rápido de lo esperado. Mejor termina la llamada desde el celular; aunque lo malo es que alcanzó a decir su nombre: Jennifer Rodríguez, a dar la dirección exacta. ¿Y si llegan? ¿Y si se enteran los patrones?

Los criminólogos afirmarán después: una mujer con un IQ altísimo, una mente criminal, una mujer cuya agudeza mental no se doblegó ni con el dolor del alumbramiento, ni con el hambre ni con la hemorragia del posparto, ni con la falta de sueño de varias noches, ni con el puñal de los entuertos en ese útero maltratado que insistía en retomar su tamaño. Jennifer no perdió la lucidez y la serenidad durante los días que duró su proceso legal; ni el miedo ni la culpa ni la soledad amedrentaron su temple.

A las cinco de la mañana Jennifer se pone en cuclillas y muerde un par de calcetines enrollados para tragarse los gritos. Su cuarto queda fuera de la casa principal, tiene una entrada independiente por el pasillo de servicio, después de la lavandería. Allá nadie la oye. Anoche hubo cena prenavideña y todos se desvelaron; además, es sábado y los niños acaban de salir de vacaciones, no se levantarán a las seis de la mañana para ir a la escuela. Jennifer ahoga un rugido. Y puja como fiera.



Cinco meses atrás Jennifer, al pie del camino, contempla nubarrones cargados de lluvia, los postes ladeados, las vías del tren que se pierden en la llanura, el camino que conecta Cerritos con la carretera que lleva a Matehuala, S.L.P., ruinas de adobe con publicidad del candidato en turno del PRI y de la banda que tocará en el pueblo para las fiestas patrias.

La criatura ya tiene unos meses ahí dentro. Su pareja quiere que se deshaga de ella; imposible alimentar uno más. Para salir de jodidos, dos críos son más que

suficientes. La Niña en tercero de primaria. El Niño es el primer lugar de los alumnos de primero de secundaria, es avisado y trabajador. Jennifer no quiere que se vaya de narco. Quiere sacarlo de ahí, que termine la secundaria para llevárselo a Monterrey y que siga con sus estudios. Dicen que allá pagan bien el trabajo de casa. Su pareja es mucho mayor y sin empleo estable, un electricista que recorre el pueblo y toma chambas esporádicas. A veces se va con el primo que tiene la *pick up* a Villa Juárez o a Villa Hidalgo; incluso una vez fueron a Matehuala a poner el cableado de una casa. Salvo detalles de albañilería después se queda meses sin trabajo. Urge salirse de ahí.

Pero la criatura estorba. No estaba en los planes. Ni por dónde verle salida al asunto. Su vecina le dijo que ella se quedó con ganas de hijos, perdió a su bebé y la posibilidad de tenerlos con aquello de la placenta previa. Jennifer podría dejar que la criatura naciera y dársela a ella, pero su pareja no quiere broncas.

-¿Cómo le vas a regalar un hijo a la vecina?

-No seré la primera ni la última. ¿Cómo voy a matarlo así nomás? ¿Qué culpa tiene la criatura?

-Muy fácil, igual que hiciste con el otro hace como cinco años. Para qué nos hacemos, está bien chiquillo, una cosilla. Hechos y derechos los dos que ya tenemos.

-¿Pues no empezaste diciendo que cómo le íbamos a regalar un “hijo” a la vecina? La vez pasada fue distinto... Yo no provoqué que se me viniera, se murió sólo.

Esa misma noche, mientras su pareja se queda dormido, Jennifer murmura:

-Ya no tienes de qué preocuparte, Lupita me va a ayudar mañana.

Fingió el aborto. Guardó el reposo un par de días. Hizo algunas llamadas. Su pareja la llevó en la *pick up* del primo a Matehuala y se subió a uno de tantos camiones que llevan a Monterrey.

-Ni modo... ya no podemos seguir aquí. Voy a buscar jale para ti también. Dales vueltas a los niños por favor. Mamá se cansa con lo de la presión. Te mando mensaje cuando llegue.

∞∞∞∞∞∞∞∞

En agosto, Jennifer trabaja en una casa de Monterrey. Meses después, un domingo, Tere le ofrece la oportunidad de irse a la Colonia del Valle en noviembre.

-Una amiga que trabaja junto a la casa de mis patrones va a dejar su trabajo después de ocho años porque se casa y se va al otro lado. Andan buscando a alguien de confianza.

*Yo la conozco seño, es de mi rancho, es buena mujer, tiene dos hijos y conozco también a su marido. Tiene muchas ganas de trabajar.*

La Colonia del Valle. De pronto la posibilidad de internarse en ese paraíso imaginario y Jennifer con un montón de meses de embarazo. Jamás volvió a una consulta, no sabe exactamente cuántos meses tiene, pero calcula que unos siete u ocho. La criatura patea y crece cada vez más. No le dice a Tere ni a su pareja, sólo a Macrina. Ella le habla de la Organización.

-Ahí puedes tenerlo y darlo en adopción, pero tienes que irte un par de semanas antes a internar. Ahí te cuidan, duermes, te dan de comer. Hay tanta gente esperando bebés para adoptar. Ahorita ya es muy tarde para un aborto, te desangras tú también.

Jennifer escucha. Asiente. Ya verá en su momento qué hace con la criatura. Dos semanas en ese lugar serían dos semanas sin ingresos.

Un sueldo de criada en la del Valle es equivalente al de un ingeniero recién graduado en cualquier pueblo de Veracruz, Guerrero o Oaxaca. Con eso Jennifer consigue la *tablet* para el Niño, un juego de muñeca con carriola y ropita para la Niña. La señora se las compra y se las descuenta por semana, le presta dinero, le regala ropa para sus hijos. Jennifer suple a la otra mujer que lava un día a la semana.

-Necesito mucho el dinero, seño. Yo le ayudo a lavar y me paga lo que le da a ella. Si me ocupa en domingo para las posadas, también puedo ayudarle, o el sábado en la noche para quedarme con los niños.

Incansable. Silenciosa. Jennifer trajina todo el día. Observa callada. Se acomide. A veces conversa con la familia. En sólo cuatro semanas todos se han familiarizado con ella. Jennifer usa una sudadera suelta; ya es diciembre y hace fresco.

Por las noches, cuando termina su jornada, Jennifer se desnuda, se quita la faja para bañarse. Observa sus tobillos hinchados. Abre la llave de la regadera. Da un paso para pisar el agua.

Ahí dentro un sonido de cascada citadina cobija su secreto. Ahí es sólo una mujer con una criatura en el vientre como tantos millones de mujeres encintas replicados a lo largo de miles y miles de años para perpetuar la especie. Entrecruza sus dedos sobre el abdomen, lentamente acaricia el bulto. No sabe qué sentir. Es su cuarto embarazo. Los primeros dos eran sus hijos desde el inicio. El tercero no pasó de los dos meses. Y éste... ni el Niño ni la Niña ni su pareja ni su madre saben que existe... Suspira. No sabe si es otro hijo o un intruso ahí dentro, a tan sólo un par de centímetros bajo su piel.

Cierra sus párpados. El agua refresca su cansancio, aligera el peso que le provoca la angustia, su presencia, las várices en las piernas, los músculos doloridos que sostienen a la criatura en las ingles. Bajo el chorro de agua tibia las gotas acarician su piel, resbalan sobre esa guarida secreta. La criatura gira, pateo como queriendo tocar el agua, como si supiera que en ese rincón no necesita pasar desapercibida.

*“En dos ocasiones sonó el teléfono en medio de la madrugada y alcancé a escuchar que ella contestaba. Se llevaba un inalámbrico a su cuarto. Era la voz de un hombre joven, le hablaba feliz, desparpajado. Al día siguiente ella me dijo que era una amigo de infancia, no su marido. Yo le dije: “No son horas de recibir llamadas, pensamos que había sucedido algo malo... El hombre sonaba más que amigo, allá tú con tu conciencia.” Siempre negó que él fuera el padre del bebé. Su argumento para ocultárselo a su pareja era que meses atrás fingió un aborto porque él no la apoyaba para tenerlo.”*



En Cerritos, su pareja recorre cansado el pueblo con su caja de herramientas oxidada y sus botas con suela de tractor dejando huellas sobre el polvo. Faltan unos días para Navidad, llega Tere al pueblo y les lleva los regalos: la *tablet* para el Niño, la muñeca con carriola para la Niña, un suéter para la Abuela que los cuida,

una camisa para la pareja, una bolsa grande con ropa, zapatos y juguetes usados que les envía la patrona.

-Parece que su mamá viene en febrero a pasar su cumpleaños con ustedes. Ya les dirá.



Jennifer entorna los ojos hacia el techo de la regadera. Un suplicio. Suda por el esfuerzo. Entre una contracción y otra inhala profundo. Cuando otra contracción arrecia, su cuerpo entero increpa con furia desmesurada contra el dolor.

Otro rugido. Su mueca fruncida y los párpados contraídos por el esfuerzo. Jennifer tiembla mientras el líquido transparente escurre entre sus piernas. La criatura corona su cabeza en la piel restirada a punto de desgarrarse. ¿Y si me desangro aquí? ¿Y si el niño se atora? ¿Y si viene sentado o enredado en el cordón?

Puja. Los rostros del Niño y la Niña parpadean en su entrecortada imaginación. Toda su energía se concentra en llegar a la otra orilla. Un dolor de esa magnitud nubla la vista, el entendimiento, el oído. Jennifer se concentra sólo en respirar, en pujar, en sobreponerse al instante. Su mandíbula estruja los calcetines doblados en su boca.

Y de pronto se escucha el llanto. La criatura mojada y sanguinolenta se desliza para salir de sus entrañas.

Jennifer se recarga en la pared helada de mosaicos. Cierra los ojos. No tiene tijeras para el cordón. La criatura llora en el suelo de la regadera. Jennifer abre sus párpados y en la penumbra la distingue. El llanto la estremece. Casi la conmueve. Lucha contra su propio instinto, contra el flujo de hormonas que el llanto del recién nacido desata en ella. La toma entre sus brazos mientras la placenta se va desprendiendo de su útero sangrante. La criatura guarda silencio cuando la acerca a su pecho.

Es un hijo. Es varón.

No es un hijo.

Es sólo una criatura extraña.

Qué hacer. Cómo decirle a los patrones que tuvo un bebé en su casa.

Que estaba embarazada y se fajaba para ocultarlo.

Que no puede cuidar a esa criatura.

Que su marido no sabe.

Que no puede dejar de trabajar.

Que el Niño y la Niña dependen de su ingreso.

Qué no quiere perder su trabajo.

Son cinco y media. La madrugada deambula a través de esa geografía incierta que precede el amanecer. Debe darse prisa. Jennifer se estremece. Suspira hondo. Alarga un brazo para detenerse del toallero en la puerta corrediza. Lentamente se pone de pie, con el otro brazo carga a la criatura mientras la sangre escurre entre sus piernas. Calibra la temperatura del agua en la regadera. Se enjuagan bajo la cascada tibia. La criatura se acurruca en su pecho. Jennifer observa las extrañas figuras que mutan en el mosaico del suelo claro mientras la sangre, los coágulos y los loquios se disuelven y escurren por el resumidero. Jennifer los apresura con un pie hasta desaparecerlos.

Lleva a la criatura hasta su cama; la envuelve en una colcha suave que le dio la señora. Las gotas de sangre muestran el camino que siguió; seca su cuerpo de parturienta. Un escalofrío la recorre. Improvisa una manera de contener su hemorragia. Jennifer no llora. Jennifer busca opciones. Observa a la criatura y con el dedo índice toca su piel de durazno. Identifica ahí su propia nariz. Cinco dedos en cada mano. Tiene buen tamaño y buen color. Lloro fuerte. Debe haber nacido a término.

Jennifer coloca la placenta a un lado del cuerpo pequeño. Ni cómo cortar el cordón y prensarlo. Se pone una faja, los jeans, la sudadera amplia del patrón. Deshace el nudo de los calcetines, se los pone, calza los tenis. La criatura se ha quedado dormida succionando el nudillo de su mano derecha.

Jennifer revisa el cuarto y el baño. Trae un trapeador y una franela. No debe quedar evidencia. Junto a su cuarto está la lavandería. Arrastra sábanas y toallas hasta la lavadora, las introduce, elige la modalidad *Sanitize* y enciende el aparato. Envuelve a la criatura, con todo y placenta, y la alza de la cama. Guarda la llave en la bolsa de la sudadera. Debe darse prisa. Se dirige cautelosa a la puerta de la lavandería y gira la perilla.

Afuera el amanecer destila un aliento invernal. Algunas estrellas obcecadas brillan lejos. La de Belén llama su atención; solo faltan cuatro días para Navidad. Hoy les girará dinero en la oficina de correos de Alfonso Reyes. Introduce la llave en el cerrojo del portal peatonal. Se vuelve en todas direcciones. Nadie la mira. Sólo la luz del farol intermitente entre las hojas del fresno.

*“Tuvimos una cena de Navidad con unos compadres y todavía a las dos y media de la mañana ella andaba en la cocina. A ratos se salía a hablar al pasillo por su celular, soltaba carcajadas. Creo que hablaba con el hombre que le llamó antes. Y a las seis de la mañana Jennifer ya andaba en jeans. Una tía que vino de fuera y se hospedó con nosotros, bajó a la cocina y se la encontró en la cocina perfectamente peinada y vestida. Incluso le ofreció prepararle un café. No sé en qué momento dio a luz. No me lo explico, es increíble. Nadie sospechábamos que estuviera embarazada. Todos la vimos, mis papás, mis suegros, mi tía, los compadres que vinieron a la cena, a nadie se le ocurrió que pudiera estarlo. Tenía apenas cuatro semanas trabajando con nosotros. Esa madrugada tuve migraña y casi no dormí. A las ocho de la mañana escuché una ambulancia, llegó mi esposo y me dijo: “Hay un policía timbrando afuera, pregunta que si aquí trabaja alguna muchacha que esté embarazada.” Enseguida entendí por qué Jennifer no quería ir al rancho a pasar Navidad, las llamadas del hombre con el que hablaba en las madrugadas.”*

Jennifer recorre media cuadra calle arriba con la criatura en brazos. A su derecha una barda blanca que abarca hasta la esquina, a su izquierda un baldío y enseguida la iglesia. Piensa en su pareja, en el Niño y la Niña, en su madre. En el escándalo si supieran. Este es el sendero más sinuoso que ha recorrido. Una punzada se le clava en el bajo vientre y siente la hemorragia entre las piernas. Se encorva un poco y sigue su camino con la criatura abrazada a su pecho. El día viene despejado y la criatura sigue dormida. Jennifer supone que nadie la mira. No sabe de la cámara vigilante.

Con la criatura en brazos, se detiene en la esquina. Mira hacia la iglesia. Murmura. Cierra los párpados en un instante que se prolonga sobre el murmullo. Abre los ojos y se vuelve por última vez hacia su alrededor. A hurtadillas besa la frente de durazno. Percibe el olor a bebé, el olor a hijo.

Y duda por vez primera.



*“Cuando me asomé por la ventana estaban los medios, la tv, los del ministerio público, la policía de San Pedro, el 911, la Cruz Roja, los de Capullos, un montón de gente frente a la casa. Mis hijos preguntando que por qué toda esa gente ahí afuera. Primero Jennifer negó todo. Después dijo que lo había tenido allá en la esquina... Además del bebé, tienes otros dos hijos. ¿Quién los va a sacar adelante? ¿Sabes que dan de uno a siete años de prisión? ¿Ya avisaste a tu familia? ¿A tu marido? Esto no puedes mantenerlo en secreto. Ya está en todos los medios. Ya llamó Tere preguntando. ¿Por qué nunca me dijiste que estabas embarazada?”*

Una multitud de periodistas ávidos de linchamiento moral la empujan, le gritan, la acosan.

-¡Asesina! ¡Loca! ¡Cabrona! ¿Qué clase de madre abandona a un hijo que no puede valerse por sí mismo... y en pleno invierno?

Un par de horas más tarde el encabezado de la nota periodística en la versión digital de un periódico norteño: *“Tira a recién nacido en sector Valle”*. Los comentarios que responden las notas son una cauda de rencor: *“Pinches ricos burgueses, contratan embarazadas y las encierran.”* *“Los ricos son ricos porque siempre abusan de los otros; seguro querían quedarse con el niño.”*

Jennifer parte en una ambulancia esposada rumbo al Ministerio Público; un día entero sin comida en interrogatorios. Al día siguiente la llevan al Hospital Universitario, la esposan a la cama y la vigilan dentro del cuarto compartido. El llanto de otros neonatos taladra su conciencia.

Sin embargo, otra mujer sorteará la vigilancia del Hospital Universitario, sacará otra faja de la secadora, buscará un cambio de ropa entre folletines de oración y fichas de depósito que comprueban que el sueldo íntegro iba a Cerritos, S.L.P. Se los llevará al hospital junto con medicamentos para el dolor, comida, toallas sanitarias y su identificación. La mirará a los ojos y la abrazará largamente. Dos días después el encabezado de seguridad pública dirá: *“Liberan a madre que abandona a su hijo”*.



*“De nada servía encerrarla. El Niño y la Niña no podían quedarse sin su mamá por años... Un par de abogados y una lana... El bebé estaba sano y salvo en el Materno Infantil... Dicen que ahora trabaja en un “S-Mart” de Lincoln, aquí en Monterrey.”*

La duda como aguijón mientras Jennifer extiende sus brazos para alejarla de su pecho y se inclina para acomodarla entre la hiedra debajo del encino, en la esquina frente a la iglesia. Tras la duda siente una presión en los conductos del pecho que llevan el calostro a sus pezones. Las dudas son para los débiles.

A las seis de la mañana Jennifer arregla a la criatura de manera que no pueda desabrigarse sobre la hiedra. Bajo la penumbra del farol y del amanecer la criatura abre sus párpados. A lo lejos, los perros ladran y un hombre ya camina en el parque. Jennifer debe darse prisa.

Al cruzar el portón peatonal para entrar a la casa, escucha cómo el llanto de un recién nacido hace eco al pie de la Sierra Madre que ya se yergue impasible frente a la luz del día que comienza.